

# ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

Año VIII

1982

Núm. 16

## ÍNDICE

	Pág.
Miguel Antolí: Reflexiones en torno a la "Laborem exercens" ... ..	195
M. Llop Catalá: Los Papas valencianos: Calixto III y Alejandro VI ... ..	229
Vito T. Gómez: El papado en la vida de la Iglesia desde el Concilio Vaticano I hasta Juan Pablo II ... ..	265
Carlos Moya Espí: El concepto de la historia en el joven Dilthey ... ..	291
Esteban Escudero Torres: La nada y la vida en la filosofía de Unamuno. ... ..	321
Vidal Guitarte Izquierdo: Incunables de la Biblioteca catedralicia de Tortosa ... ..	379
Recensiones ... ..	391
Actividades departamentales ... ..	413

FACULTAD DE TEOLOGÍA  
SAN VICENTE FERRER, VALENCIA  
Sección Diócesis

## EL PAPADO EN LA VIDA DE LA IGLESIA DESDE EL CONCILIO VATICANO I HASTA JUAN PABLO II

*Por Vito T. Gómez, O. P.*

Facultad de Teología  
Valencia

Acercarse a la vida de la Iglesia en el siglo largo que transcurre desde el concilio Vaticano I hasta la elección del actual papa Juan Pablo II, resulta una tarea apasionante y, al mismo tiempo, sembrada de dificultades. Apasionante, como lo es siempre el estudio de la vida del hombre que se abre desde su debilidad a la omnipotencia de Dios, traducida en la misericordia de Cristo Salvador. Difícil, por la complejidad de nuestro mundo contemporáneo, que ha conquistado en pocos años lo que no había alcanzado en milenios viéndose, en contrapartida, envuelto en densos nubarrones, crueles en ocasiones como no lo habían sido nunca en la historia de la humanidad.

En este período histórico de la Iglesia el papado ha tenido un quehacer de indiscutible relieve, desde Pío IX que inaugura el concilio Vaticano I el día de la Inmaculada de 1869, pasando por Pablo VI que clausura el II concilio ecuménico Vaticano el 8 de diciembre de 1965, hasta la muerte de Juan Pablo I que llena al mundo de estupor, en la mañana del 29 de septiembre de 1978.

Podemos afirmar que la figura del papa se va engrandeciendo en la época contemporánea, una vez superadas las variadas tentativas de establecer iglesias nacionales o episcopales. La creciente devoción hacia la persona del papa es perceptible de un modo nuevo, en amplios sectores de fieles, desde el pontificado de Pío VI; el papa que, a finales del siglo XVIII, viaja a Viena para defender los derechos de la Iglesia ante el emperador José II. Aunque el fruto de su negociación en la capital austríaca no pudo ser más desconsolador, aquel viaje le proporcionó, sin embargo, resultados muy positivos entre los fieles de las ciudades o poblados que recorrió. Vino a ser el primer viaje pastoral de los papas en la etapa contemporánea.<sup>1</sup> Más tarde el propio Pío VI será víc-

---

<sup>1</sup> Sobre el viaje del Papa a Viena, cf. Ludovico Pastor, *Historia de los papas*, 38, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1960, pp. 357-407.

tima de la revolución, muriendo prisionero en Francia cuando termina el siglo XVIII. El sucesor no pudo ser elegido en Roma, sino que lo fue en Venecia. La muerte de Pío VI la interpretaron algunos como la hora fatal para el mundo católico.<sup>2</sup>

En realidad el *Via Crucis* de Pío VI, como el de los papas que le sucedieron, no fue estéril. Una vez más la Iglesia y el papado se beneficiarían de los frutos del árbol de la Cruz. La Iglesia perdería áreas de influencia temporal; sería despojada de los Estados Pontificios. A la vez, emprendería decidida caminos de renovación, animada constantemente por los papas, con viva conciencia de su responsabilidad de ser *rectores, santificadores y maestros* del Pueblo de Dios. Es la época de la expansión de la vida religiosa, cuando las leyes civiles decretaban excomuniones e incautación de bienes eclesiásticos en casi todos los países; es el tiempo de la renovación de la ciencia sagrada con gran impulso de los estudios bíblicos y patrísticos, de la restauración de la teología espiritual, de la reforma litúrgica, de la Acción Católica, de la creación de los Institutos seculares, de la expansión misional. Es el momento de dos grandes concilios con proyección duradera y de encíclicas, que abordan con oportunidad la problemática del mundo moderno a la luz de la fe. Es época del interés por escuchar la palabra del papa en esos encuentros *nuevos* que son las audiencias o la recitación del *Angelus* dominical, y también en el contacto vivo que propician los viajes papales, iniciados por Juan XXIII y continuados con decisión y sacrificio por Pablo VI y Juan Pablo II. Los modernos medios de comunicación social han servido ampliamente para que la palabra del papa contribuya a confirmar en la fe a los creyentes, o a despertar interés en los hombres de buena voluntad.

El período que transcurre entre el concilio Vaticano I y el II ha conocido ocho papas, muy diferentes entre sí, que vivieron los consue-los y trabajos de la Iglesia en situaciones realmente diversas. Todos ellos han sabido mantener el ministerio apostólico a la altura de los mejores tiempos. Han sido papas con una acusada conciencia de la necesidad de servir a la Iglesia como Vicarios de Jesucristo, esforzándose por hacer llegar su mensaje al mundo entero. Todo ello es verdad también en el caso de Juan Pablo I, que deseó realizar la síntesis de los dos papas del concilio: Juan XXIII y Pablo VI.

Fueron papas de pontificados desiguales en cuanto a la duración, predominando los pontificados largos. En este aspecto Pío IX, el papa de la Inmaculada y del concilio Vaticano I, sobrepasará todos los *re-*

---

<sup>2</sup> "Creían [los revolucionarios] que ya se podía pronunciar la oración fúnebre sobre el papado y celebrar su muerte para siempre", Ludovico Pastor, o.c., 39, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1961, pp. 334-335.

*corals* conocidos en la Historia, permaneciendo en la sede de Pedro casi 32 años (1846-1878). Largo espacio de tiempo les fue concedido a León XIII (1878-1903), Pío XII (1939-1958), Pío XI (1922-1939), Pablo VI (1963-1978), San Pío X (1903-1914). Los pontificados más reducidos serán los de Benedicto XV (1914-1922), Juan XXIII (1958-1963). Fue brevísimo el de Juan Pablo I, y sería necesario remontarse hasta el siglo XVI para encontrar un pontificado tan breve. En 1555 fue papa durante 22 días Marcelo II, cuyo monumento sepulcral, por cierto, se encuentra al lado de la tumba de Juan Pablo I en las criptas vaticanas. Juan Pablo I transmitió al mundo la Buena Noticia, con su sonrisa inolvidable, durante 33 días.

La mayoría de estos pontífices romanos proceden de familias sencillas; algunos de familias muy humildes, como es el caso de San Pío X, Juan XXIII y Juan Pablo I. Pío IX y Benedicto XV eran de familias nobles y la de Pío XII pertenecía al patriciado romano.

Dentro de una formación eclesiástica bastante común para todos, algunos se distinguieron por su especial preparación. León XIII era un humanista consumado, que versificaba en latín con facilidad y poseía una amplia cultura teológica; Pío XI era un historiador de renombre y al estudio dedicó gran parte de su vida; Pío XII, diplomático brillante, había adquirido una cultura muy extensa y mostró siempre inquietud por estar al tanto de todo; Pablo VI, desde muy joven al servicio de la diplomacia vaticana, era teólogo por vocación. Amaba una teología revitalizada por el contacto con las fuentes y en diálogo con la cultura, volcada a iluminar los problemas más candentes de nuestro mundo. El papa Montini ha regalado a la Iglesia con documentos magisteriales difícilmente superables. Juan XXIII también cultivó la historia de la Iglesia en sus años jóvenes. Juan Pablo I estudió el pensamiento de Rosmini y mostró finas cualidades de periodista.

Mantuvieron un empeño personal de santidad, reconocido oficialmente por la Iglesia en el caso de Pío X. Trabajos en orden a un proceso se han ido realizando para Pío IX y Juan XXIII.

Varios de ellos simultanearon de algún modo las tareas pastorales con las diplomáticas. León XIII fue nuncio en Bruselas y más tarde obispo de Perusa; Benedicto XV había estado varios años en la Secretaría de Estado y después fue nombrado arzobispo de Bolonia; Pío XI ocupó la nunciatura de Polonia y durante breve tiempo el arzobispado de Milán; Pío XII fue nuncio en Alemania y secretario de estado de Pío XI; Juan XXIII fue delegado apostólico en Bulgaria, Turquía y Grecia, nuncio en París y finalmente patriarca de Venecia; Pablo VI ocupó el cargo de sustituto de la Secretaría de Estado y posteriormente se le confió el arzobispado de Milán.

La moderna estructura de la curia romana, en cuya renovación han tenido parte muy destacada San Pío X<sup>3</sup> y Pablo VI,<sup>4</sup> ha permitido a los papas multiplicar sus esfuerzos, proyectándose en ámbitos muy diferentes, dentro y fuera del catolicismo.

Más que sus rasgos biográficos, nos parece interesa resaltar el ministerio al servicio del Pueblo de Dios. Es lo que nos proponemos hacer, refiriéndonos a su labor en favor de la paz, del movimiento ecuménico, del apostolado seglar, de la actividad misionera, de la renovación litúrgica, de la doctrina social y de la clarificación doctrinal.

#### LA CAUSA DE LA PAZ

Cuando muere San Pío X se había desencadenado ya la primera guerra mundial que durará desde aquel año 1914 hasta 1918. Al final de la misma se contarán más de 10 millones de muertos y un número incontable de heridos.<sup>5</sup> La guerra sumió a Europa en una profunda crisis económica, social, política y, en no pequeña parte, de valores. Visiones pesimistas se difundieron con rapidez. Es sobradamente conocida la obra que Spengler escribe por aquel tiempo con el título: *La decadencia de Occidente*, calificada por Ortega y Gasset como "la peripezia intelectual más estremecedora de los últimos años".<sup>6</sup>

Benedicto XV procuró mantener una postura clara a fin de que ninguna de las partes pudiera invocar sus palabras o actividades en su favor. No le parecía adecuada la guerra como medio reivindicativo de determinados intereses. En la primera encíclica afirma contemplar con lágrimas en los ojos el panorama que ofrece Europa y el mundo entero.<sup>7</sup> A Mons. A. Ratti, futuro Pío XI, confiaba:

<sup>3</sup> Constitución apostólica *Sapienti consilio*, de 29 de junio de 1908, ASS 41, 1908, 425-440.

<sup>4</sup> Constitución apostólica *Regimini Ecclesiae universae*, de 15 de agosto de 1967, AAS 59, 1967, 885-928.

<sup>5</sup> Cf. Georges Jarlot, *Guerra mundial y Estados totalitarios* (Historia de la Iglesia, Fliche-Martin, vol. 26, 2), Valencia, Edicep, [1980], pp. 37-53.

<sup>6</sup> Cf. Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal* (trad. de Manuel G. Morente) I, Madrid, Espasa-Calpe [1958], p. 12.

<sup>7</sup> "El tristísimo fantasma de la guerra domina por doquier, y apenas hay otro asunto que ocupe los pensamientos de los hombres. Poderosas y opulentas son las naciones que pelean; por lo cual, ¿qué extraño es, bien provistas de horrosos medios que en nuestros tiempos el arte militar ha inventado, se esfuerzen en destruirse mutuamente con refinada crueldad? [...] Que nos escuchen, rogamos, aquellos en cuyas manos están los destinos de los pueblos. Otros medios existen, ciertamente, y otros procedimientos para vindicar los propios

Quiéren condenarme al silencio. El Vicario de Cristo no debería invocar la paz. No lograrán sellar mis labios. ¡Ay si el Vicario del Príncipe de la paz se mantuviera mudo a la hora de la tempestad! La paternidad espiritual universal de la que estoy investido me impone un deber preciso: el de invitar a la paz a los hijos que en opuestas barricadas se matan mutuamente. Soy y me siento el padre espiritual de los combatientes de uno y otro campo. Nadie podrá impedir al Padre gritar a sus propios hijos: paz, paz, paz.<sup>8</sup>

Benedicto XV considera que una de las causas de la guerra hay que buscarla en el abandono por parte de los Estados en inspirar sus leyes en los principios cristianos.<sup>9</sup> Hizo cuanto pudo en orden a pacificar los ánimos, ofreciendo planes viables de paz y desarme. Al final de la encíclica *Ad beatissimi* invitaba con insistencia a la oración, “ya que están en la mano de Dios los corazones de los príncipes y de todos aquellos que pueden dar fin a las atrocidades”. Imploraba, en fin, la protección de María, Madre del Príncipe de la paz. En 1917 introducía en la Letanía Lauretana la invocación *Regina pacis*, Reina de la paz.<sup>10</sup>

Proponía a las naciones beligerantes, en agosto de 1917, las bases que consideraba justas para llegar a conseguir la paz. El papa Della Chiesa recordaba cuál había sido su actitud desde el comienzo: mantenerse imparcial, esforzándose “continuamente por hacer a todos el mayor bien posible, y esto sin acepción de personas, sin distinción de nacionalidad o de religión”. Enumera entre las bases para la paz: sustituir la fuerza material de las armas por la fuerza moral del derecho, disminuyendo el armamento; establecer un arbitraje; quitar todo obstáculo a la libre comunicación de los pueblos, “cosa que, por una parte, eliminaría las múltiples causas de conflicto y, por otra, abriría a todos nuevas fuentes de prosperidad y progreso”; perdonar de un modo completo y recíproco las indemnizaciones por daños de guerra; restituir los territorios ocupados; examinar con disposición conciliadora las cuestiones territoriales que son objeto de litigio.<sup>11</sup>

Con las heridas de la guerra todavía sangrantes, es elegido papa en 1922 Pío XI. Desde su vida pacífica en contacto con los libros de la

---

derechos, si hubiesen sido violados. Acudan a ellos, depuestas en tanto las armas, con leal y sincera voluntad”, *Ad beatissimi*, de 1 de noviembre de 1914, AAS 6, 1914, 566-567.

<sup>8</sup> Cf. Silvio Tramontin, *Un secolo di storia della Chiesa. Da Leone XIII al Concilio Vaticano II*, I, Roma, Ed. Studium [1980], p. 113.

<sup>9</sup> *Ad beatissimi*, ed. c., 567.

<sup>10</sup> “Ordenamos que, a comenzar del 1.º del próximo mes de junio, permanezca fija en las Letanías Lauretanas la invocación *Regina pacis -ora pro nobis*”, en Carta al Cardenal Secretario de Estado, de 5 de mayo de 1917, AAS 9, 1917, 266.

<sup>11</sup> Exhortación *Dès le début*, de 1 de agosto de 1917, AAS 9, 1917, 417-420.

Ambrosiana de Milán y Vaticana de Roma, A. Ratti había sido enviado a uno de los lugares más conflictivos, poco después de finalizada la guerra. Desempeñó el cargo de visitador apostólico de Polonia y Lituania y más tarde fue colocado al frente de la nunciatura en Polonia. Ante el avance de las tropas rusas se negó a abandonar Varsovia en 1920. Pudo experimentar de cerca las secuelas de la guerra.

En el primer año de su pontificado dedica la encíclica *Ubi arcano* al tema de *la paz de Cristo en el reino de Cristo*.<sup>12</sup> En ella recuerda su trabajo para que en las conferencias de las naciones vencedoras se tuviera la debida cuenta de los intereses espirituales; el esfuerzo por ayudar a muchedumbres consumidas de hambre y de todo género de calamidades, implorando socorros a unos y otros; menciona, en fin, sus desvelos para componer las luchas internas de Italia. Pero el Papa comprueba que la verdadera paz todavía no se ha conseguido. Alude a la postración de la industria, crisis del comercio, decaimiento del estudio de las letras y de las artes. Crisis en el campo de los intereses espirituales: iglesias que siguen destinadas a usos profanos, seminarios cerrados, disminuido el número de sacerdotes, la predicación desatendida y lo mismo las misiones. En un intento por detectar algunas causas de que la paz de Cristo no brille en el reino de Cristo, señala que los corazones no están pacificados; se ha hecho una paz más en apariencia que en realidad, existe un olvido de Dios.

A lo débiles que son los soportes de la paz, alude de nuevo en 1925 en la encíclica *Quas primas*, dedicada al reinado social de Jesucristo y a la fiesta de Cristo, Rey del Universo.<sup>13</sup> Era necesario un retorno a Jesucristo en la vida privada, en la vida familiar y en la cosa pública, sin que se pueda albergar “esperanza cierta de paz duradera entre los pueblos, mientras que los individuos y las naciones nieguen y renieguen el imperio de Cristo Salvador”. Síntomas positivos, de avance en la vida cristiana, ha advertido a lo largo del Año Santo (1925).

*Pax Christi in regno Christi*, fue el lema del pontificado de Pío XI. Luchó contra los enemigos de la paz, que a él le parecían encubiertos en los inmoderados nacionalismos. Condenó el nacionalsocialismo<sup>14</sup> y el comunismo ateo.<sup>15</sup> Frente al peligro inminente de una nueva guerra, promovió una campaña de oración a María, con la encíclica sobre el

<sup>12</sup> De 23 de diciembre de 1922, AAS 14, 1922, 673-700.

<sup>13</sup> Es de fecha 11 de diciembre de 1925, AAS 17, 1925, 593-610.

<sup>14</sup> Cf. encíclica *Mit brennender Sorge*, de 14 de marzo de 1937, AAS 29, 1937, 145-167.

<sup>15</sup> Con la encíclica *Divini Redemptoris*, de 19 de marzo de 1937, AAS 29, 1937, 65-106.

Rosario *Ingravescentibus malis*.<sup>16</sup> Intervino con suma prudencia en los problemas de Méjico<sup>17</sup> y España,<sup>18</sup> dando directrices a los católicos.

Pío XI ofreció su vida a Dios en beneficio de la paz del mundo. En el radiomensaje de 29 de septiembre de 1938 decía:

Mientras millones de hombres viven todavía con ansia por el inminente peligro de la guerra y por la amenaza de desastres y ruinas sin ejemplo, Nos acogemos en Nuestro paterno corazón el temblor de tantos hijos Nuestros e invitamos a los Obispos, Clero, Religiosos, fieles a unirse a Nos en la más confiada e insistente plegaria para la conservación de la paz en la justicia y en la caridad [...] Indeciblemente agradecidos por las plegarias que por Nos se han hecho y se hacen por parte de los fieles en todo el mundo católico, esta vida, que en gracia a tales oraciones el Señor Nos ha concedido y casi renovado, Nos de todo corazón la ofrecemos por la salvación y por la paz del mundo, tanto en el caso que el Señor de la vida y de la muerte quiera quitarnos el inestimable, ya largo, don de la vida, como, por el contrario, si decide prolongar todavía la jornada de trabajo al afligido y cansado Obrero. Nuestra oferta tiene tantas más garantías de ser benignamente acogida, cuanto se hace en la memoria litúrgica del heroico mártir san Wenceslao, cercana ya la fiesta del Rosario.<sup>19</sup>

El Papa moriría unos meses más tarde, el 10 de febrero de 1939.

Fue elegido para sucederle tras un cónclave muy rápido su secretario de Estado, cardenal Eugenio Pacelli, quien tomó el nombre de Pío XII. Había desempeñado ya misiones de paz en tiempos de Benedicto XV y conocía perfectamente la situación en que se encontraba el mundo, que amenazaba degenerar en un conflicto sin precedentes. Hizo lema de su pontificado un versículo del profeta Isaías: *Opus iustitiae pax*, la paz, obra de la justicia.<sup>20</sup> En su escudo pontificio quiso colocar una paloma con el ramo de olivo en el pico, y se propuso hacer, desde el comienzo de su ministerio pastoral, todo cuanto pudiera para evitar la guerra.

En mayo de 1939 fue rechazada una propuesta que hizo a Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Polonia para que se reunieran a negociar. El 24 de agosto de 1939 dirigió el radiomensaje *Un'ora grave*,<sup>21</sup> recordando que la justicia se ha de abrir paso utilizando la fuerza de

<sup>16</sup> De 29 de septiembre de 1937, AAS 29, 1937, 373-380.

<sup>17</sup> Encíclicas *Acerba animi*, de 29 de septiembre de 1932, AAS 24, 1932, 321-332 y *Firmísimam constantiam*, de 28 de marzo de 1937, AAS 29, 1937, 189-199.

<sup>18</sup> Encíclica *Dilectissima nobis*, de 3 de junio de 1933, AAS 25, 1933, 261-274.

<sup>19</sup> Mensaje radiofónico de 29 de septiembre de 1938, AAS 30, 1938, 309-310.

<sup>20</sup> Is. 32, 17.

<sup>21</sup> AAS, 31, 1939, 333-335.

la razón, y no la de las armas. Todavía se estaba a tiempo de evitar lo peor. “Nada se pierde con la paz, todo se puede perder con la guerra”, fueron sus célebres palabras, tantas veces repetidas. Días más tarde enviaba una exhortación a los gobiernos de las naciones mencionadas más arriba. El Papa confiaba en que se negociara para obtener una solución justa y pacífica, y suplicaba en el nombre de Dios a los gobiernos de Polonia y Alemania, que hicieran cuanto estuviera de su parte para evitar todo incidente absteniéndose de agravar la tensión. Rogaba a Inglaterra, Francia e Italia apoyaran su petición.<sup>22</sup>

La súplica de Pío XII no fue escuchada y, tras la invasión de Polonia el 2 de septiembre de 1939, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania, el día 4 del mismo mes. La segunda guerra mundial estaba en marcha y no pararía su loca carrera hasta 1945. Seis años de guerra como no había conocido la humanidad. En el curso de los acontecimientos quedarían implicados unos 70 países y el balance final arrojó 55 millones de muertos, 70 millones de heridos, 40 millones de desplazados o sin hogar.<sup>23</sup>

El 20 de octubre de 1939 escribía Pío XII:

La hora en que os llega esta Nuestra primera Encíclica es, bajo muchos aspectos, verdadera hora de tinieblas (cf. Luc. 22,53), en la que el espíritu de la violencia y de la discordia derrama sobre la humanidad la copa sangrienta de dolores sin nombre [...] La sangre de innumerables seres humanos aun no combatientes levanta fúnebre y desgarrador lamento sobre una amada nación, Polonia, que por su fidelidad a la Iglesia, por sus méritos en la defensa de la civilización cristiana escritos con caracteres indelebles en los fastos de la historia, tiene derecho a la simpatía humana y fraternal del mundo y espera confiada en la poderosa intercesión de María *Auxilium Christianorum* la hora de una resurrección conforme a los principios de la justicia y de la verdadera paz.<sup>24</sup>

Durante los años de la guerra no dejó de orar y clamar en favor de la paz. En este sentido son altamente elocuentes los radiomensajes y discursos ante el sacro colegio de cardenales con motivo de Navidad. En diciembre de 1939 hacía un recuento de puntos fundamentales en orden a restablecer “una paz justa y honrosa”: 1.º, asegurar el derecho a la vida y a la independencia de todas las naciones; 2.º, desarme real y verdadero; 3.º, establecimiento de instituciones jurídicas que sirvan para hacer observar los tratados; 4.º, atender a las necesidades y justas exigencias de las naciones de Europa, así como de las minorías étnicas;

<sup>22</sup> Documento del 31 de agosto de 1939, AAS 31, 1939, 335-336.

<sup>23</sup> Cf. Georges Jarlot, o.c. en nota 5, pp. 423-441.

<sup>24</sup> Encíclica *Summi pontificatus*, AAS 31, 1939, 534 (texto castellano).

5.º, que el derecho divino y los principios cristianos impregnen la conciencia de gobernantes y súbditos.<sup>25</sup>

Las bases indispensables para la paz las repitió una y otra vez,<sup>26</sup> poniendo sumo cuidado en que sus palabras no desencadenaran represalias contra los católicos, especialmente en Alemania. Él mismo confiaba: "Con frecuencia resulta penosamente difícil decidir si se exigen la discreción y el prudente callar, o bien el hablar abiertamente y la acción fuerte" (3 de marzo de 1944).<sup>27</sup> Fue una verdadera angustia para el papa. Al final de la guerra pesaba tan solo 57 kilogramos, él que medía 1,82 m. de estatura.<sup>28</sup>

La documentación que se va editando, relativa a la actividad de Pío XII en el conflicto mundial, pone de manifiesto que no perdonó medio alguno para conseguir que las naciones abandonaran las armas. Es incuestionable, asimismo, su labor humanitaria en favor de los judíos. En la ocupación de Roma en 1943 prestó asilo en edificios eclesiásticos a más de 5.000 judíos. Se calcula que el número de hebreos salvados gracias a la actividad de la Santa Sede se acerca a los 800.000.<sup>29</sup>

Ante un mundo en constantes tensiones, los papas que sucedieron a Pío XII no podían menos de hacer lo posible para que no se encendieran nuevas guerras. Juan XXIII publicó la conocida encíclica *Pacem in terris* (11 de abril de 1963),<sup>30</sup> en la que comienza afirmando que la paz no puede ser estable si no se observa santamente el orden establecido por Dios. En ese mismo año le fue concedido el premio de la paz de la fundación Balzan (10 de mayo). Pablo VI en la encíclica *Christi Matri* (15 de septiembre de 1966),<sup>31</sup> recuerda que desde el inicio de su pontificado no ha ahorrado esfuerzos por conseguir la paz en el mundo, orando, rogando y exhortando. Mediante esta encíclica instituyó la *Jornada de la Paz en la Iglesia*, que seguimos celebrando anualmente.

<sup>25</sup> AAS 32, 1940, 10-11.

<sup>26</sup> "A voi, Venerabili Fratelli, è ben noto come, adempiendo un imprescindibile ufficio del Nostro ministero Apostolico, Noi abbiamo già a più riprese e in maniera concreta additate le basi indispensabili in conformità del pensiero cristiano, non solo per ciò che riguarda la pacifica convivenza e collaborazione internazionale, ma anche per quanto si riferisce all'ordine interno degli Stati e dei popoli", Alocución a los cardenales el 2 de junio de 1944, AAS 36, 1944, 174.

<sup>27</sup> Cf. Burkhart Schneider, *Pio XII. Pace, opera della giustizia* [Roma], Ed. Paoline [1970], p. 70.

<sup>28</sup> Silvio Tramontin, o. c. en nota 8, p. 219.

<sup>29</sup> Burkhart Schneider, o. c., pp. 73-74. Sobre la serie *Actes et documents du Saint Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale*, cf. Angelo Martini, *La Santa Sede e la guerra secondo i documenti degli Archivi Vaticani*, en *La Civiltà Cattolica* 116, IV, 1965, 521-535.

<sup>30</sup> AAS 55, 1963, 257-304.

<sup>31</sup> AAS 58, 1966, 745-749.

## EL MOVIMIENTO ECUMÉNICO

Los papas de este período han prestado una cuidadosa atención al tema de la unión de las Iglesias. A este respecto, el pontificado de León XIII inaugura nuevos tiempos en el terreno de la relación de la Iglesia católica con las otras confesiones cristianas. Aquel papa clarividente y de amplias visiones, se resistía a creer que la oración de Cristo en favor de la unidad, no lograra mover los corazones de los hombres para derribar las barreras de la desunión. Calificaba de “circunstancias históricas funestas” a las que habían llevado a la ruptura.<sup>32</sup> Con amor, dirigía su mirada a las Iglesias orientales invitándolas a volver de nuevo al redil, máxime cuando las diferencias con Roma no eran grandes y había advertido en los orientales contemporáneos disposiciones más conciliadoras respecto a los católicos, e incluso sentimientos de benevolencia.<sup>33</sup> También a las otras confesiones cristianas, separadas de Roma desde la época de la Reforma, dirigía una llamada a la unidad de la fe y de la caridad:

Desde hace mucho tiempo esta Madre común os llama hacia sí; desde hace mucho tiempo todos los católicos del mundo entero os esperan, con las ansias del amor fraterno, para que sirvais a Dios con Nos en la unidad de un mismo Evangelio, de una misma fe, de una misma esperanza, con los vínculos de una perfecta caridad.<sup>34</sup>

Centrándose en el tema de la unidad publicará en 1896 la encíclica *Satis cognitum*.<sup>35</sup> A una exposición sobre la naturaleza de la Iglesia, seguirá la afirmación clara de que la unión sólo se puede construir con la aceptación *íntegra de la fe*.

A León XIII se le debe la creación de una comisión pontificia “para la reconciliación de los disidentes con la Iglesia” (1895), cuya presidencia se reservó él mismo.<sup>36</sup>

Es destacable el interés que se tomó el papa Pecci para facilitar un acercamiento con la Iglesia anglicana, favoreciendo iniciativas de diálogo

---

<sup>32</sup> Carta apostólica *Praeclara gratulationis*, del 20 de junio de 1894, ASS 26, 1893-1894, 707.

<sup>33</sup> *Id. Ib.*, 708. Su aprecio por el mundo oriental cristiano lo manifiesta en la carta apostólica *Orientalium dignitas*, de 30 de noviembre de 1894, ASS 27, 1894-1895, 257-264.

<sup>34</sup> Carta apostólica *Praeclara gratulationis*, ASS 26, 1893-1894, 711.

<sup>35</sup> ASS 28, 1895-1896, 708-739.

<sup>36</sup> *Motu proprio Optatissimae in una fide*, de 19 de marzo de 1895, ASS 28, 1895-1896, 323-324.

y estudio de la validez de las ordenaciones.<sup>37</sup> Tras el estudio de la comisión, el Papa declaró nulas esas ordenaciones,<sup>38</sup> y determinó se celebrara una novena para pedir la unidad, entre la fiesta de la Ascensión y Pentecostés.

Las conversaciones ecuménicas a nivel de expertos católicos y ortodoxos, continuaron en el pontificado de san Pío X, que en 1909 hizo suya de buen grado la iniciativa de dos pastores protestantes, en el sentido de celebrar anualmente un octavario por la unidad. Las fechas escogidas fueron entre el 15 de enero, fiesta de la cátedra de san Pedro y el 25, celebración litúrgica de la conversión de san Pablo.

En tiempos de Benedicto XV es obligada la mención de las conversaciones de Malinas, con la participación de católicos y anglicanos. El papa Della Chiesa estableció la Congregación para la Iglesia Oriental e impulsó la creación del Pontificio Instituto Oriental.

El ecumenismo católico experimenta nuevo crecimiento en el período de Pío XI. En el primer año de su pontificado recordaba el cuadro poco edificante que presentaba la Iglesia en vísperas de la Reforma protestante.<sup>39</sup> El papa Ratti deseaba un mayor acercamiento y comprensión, por parte de los católicos, de las características de las otras confesiones cristianas. Así, a los latinos les pedía mejor conocimiento de las cosas y costumbres orientales.<sup>40</sup> Este tema lo trataba con amplitud en la encíclica *Rerum orientalium*, fechada el 8 de septiembre de 1928.<sup>41</sup> En ella insistía en la necesidad de que los sacerdotes fueran verdaderos conocedores de la historia, teología y liturgia oriental. La ignorancia mutua, al igual que los prejuicios, habían perpetuado la ruptura.

En la encíclica *Mortalium animos*,<sup>42</sup> Pío XI exponía con detalle los cauces por los que debía discurrir un verdadero ecumenismo. Tal movimiento no podía ir en detrimento de la fe. El Papa explicaba también el porqué la Santa Sede no asistía oficialmente a los encuentros promovidos por los no católicos.

---

<sup>37</sup> Ver su carta con motivo del XIII centenario de la conversión de Inglaterra al cristianismo, dirigida a "todos los ingleses que buscan el reino de Dios en la unidad de la fe", de 14 de abril de 1895, ASS 27, 1894-1895, 583-593.

<sup>38</sup> "Itaque omnibus Pontificum Decessorum in hac ipsa causa decretis usquequaque assentientes, eaque plenissime confirmantes ac veluti renovantes auctoritate Nostra, motu proprio certa scientia, pronunciamus et declaramus, ordinationes ritu anglicano actas, irritas prorsus fuisse et esse, omninoque nullas", carta apostólica de 13 de septiembre de 1896, ASS 29, 1896-1897, 202.

<sup>39</sup> Homilía del día de Pentecostés de 1922, AAS 14, 1922, 345.

<sup>40</sup> Encíclica *Ecclesiam Dei*, de 12 de noviembre de 1923, AAS 15, 1923, 580.

<sup>41</sup> AAS 20, 1928, 277-288.

<sup>42</sup> De 6 de enero de 1928, AAS 20, 1928, 5-16.

Al inicio del pontificado de Pío XI un grupo de benedictinos comienza a publicar la revista *Irénikon*, que nace con el deseo de ser órgano de un gran movimiento en favor de la unión de las Iglesias, en un momento en que alrededor de 350 millones de cristianos se encontraban unidos a la Sede de Pedro y otros tantos pertenecían a confesiones separadas de Roma desde los siglos XI y XVI. Su propósito expresamente consignado, no era otro que, respondiendo a la llamada de Pío XI, “hacer surgir en Occidente una corriente de ideas unionistas, crear una atmósfera de simpatía y comprensión, aglutinar buenas voluntades, organizar la oración, fundar obras, suscitar, en fin, un poderoso movimiento para la reunión de las Iglesias”.<sup>43</sup>

También dentro del pontificado de Pío XI, en 1937, el P. Y. Congar publica una obra de excepcional importancia para el ecumenismo católico.<sup>44</sup> La dedica a la memoria del cardenal Mercier, benemérito en la causa unionista, y al grupo de las conversaciones de Malinas.<sup>45</sup>

Pío XII dirigió llamadas especiales a la Iglesia oriental, invitando a la unión. Procuró aunar esfuerzos de los creyentes en Cristo en favor de las causas nobles. Con dificultades, el movimiento ecuménico católico sigue avanzando durante este período,<sup>46</sup> llegando a colmar antiguas aspiraciones en el pontificado de Juan XXIII. Fecha importante fue el 5 de junio de 1960, en que el papa Roncalli creó el Secretariado para la Unión de los Cristianos,<sup>47</sup> al frente del cual colocó al cardenal A. Bea. Al concilio Vaticano II fueron invitados observadores de las diferentes confesiones cristianas. Juan XXIII se propuso facilitar el terreno para que nada impidiera una relación de simpatía y amistad. El 2 de diciembre de 1960 el obispo anglicano de Canterbury, Dr. Fisher, visitó a Juan XXIII.

En idéntico propósito se desarrolla el pontificado de Pablo VI, como lo recuerda en su discurso de apertura de la segunda sesión del Vaticano II: la Iglesia es una y única y esta unión no puede realizarse sino en la unidad de la fe, en la participación en unos mismos sacramentos,

<sup>43</sup> *A nos Lecteurs*, en *Irénikon* 1, 1926, 1-2.

<sup>44</sup> *Chrétiens désunis. Principes d'un "oecuménisme" catholique*, Paris, Les Ed. du Cerf, 1937, XVI + 403 pp.

<sup>45</sup> Un relato de gran importancia sobre el ecumenismo católico en estos años, se encuentra en Y.M.-J. Congar, *Cristianos en diálogo. Aportaciones católicas al ecumenismo* [Barcelona], Editorial Estela [1967], pp. 11-56.

<sup>46</sup> “Una nueva generación cristiana, educada en el ambiente ecuménico, prevenida contra los prejuicios históricos, predispuesta a la unión, recibirá la gracia de la unidad que la presente generación prepara con buena voluntad y con sinceros esfuerzos...”, Marceliano Llamera, *Legitimidad del ecumenismo católico*, en *La Ciencia Tomista* 80, 1953, 407.

<sup>47</sup> AAS 52, 1960, 436.

“y en la armonía orgánica de una única dirección eclesialística”. El Papa afirma que tal unión puede llevarse a cabo respetando la amplia variedad de expresiones lingüísticas, ritos, tradiciones históricas, prerrogativas locales, corrientes espirituales, instituciones legítimas y actividades preferidas. El Concilio, asegura Pablo VI, abre sus brazos en actitud esperanzada:

Si alguna culpa se nos puede imputar por esta separación, nosotros pedimos perdón a Dios humildemente, y rogamos también a los hermanos que se sientan ofendidos por nosotros, que nos excusen. Por nuestra parte estamos dispuestos a perdonar las ofensas de las que la Iglesia católica ha sido objeto y a olvidar el dolor que le ha producido la larga serie de disensiones y separaciones.<sup>48</sup>

Pablo VI se mostró pronto a disipar prejuicios y suspicacias, asegurando de su actitud pacífica y absolutamente leal. Merece resaltarse el encuentro histórico con el patriarca Atenágoras de Constantinopla, celebrado en Jerusalén el 5 de enero de 1964. El patriarca calificó la entrevista como “un acontecimiento de la más alta importancia en la historia y en la vida de la Iglesia [...] encuentro que puede ser la aurora luminosa y bendita, a la luz de la cual las generaciones futuras participarán con el mismo fervor en la sangre y en el cuerpo de Cristo y serán esclarecidas por la caridad y la paz y en la unidad de nuestro único Señor y Salvador”.<sup>49</sup> El papa Montini viajó también al centro del Consejo Ecuuménico de las Iglesias en Ginebra. La comunión no es todavía perfecta —señalaba—, pero “es el Padre de las misericordias quien, por su Espíritu, nos conduce e inspira”.<sup>50</sup> Reconoció con franqueza que el tema de la participación de la Iglesia en el Consejo Ecuuménico no estaba todavía maduro, por comportar “serias implicaciones teológicas y pastorales.”<sup>51</sup>

En mayo de 1973 fue recibido en el Vaticano el patriarca de los coptos Shenouda III. Ambos “papas” suscribieron un documento, agradeciendo al Señor por el progreso de las relaciones entre sus Iglesias,

<sup>48</sup> Discurso de 29 de septiembre de 1963, AAS 55, 1963, 853.

<sup>49</sup> *Ecclesia* 24, 1964, 47. Pablo VI, por su parte, afirmó: “Las divergencias de orden doctrinal, litúrgico y disciplinar deberán ser examinadas en su tiempo y lugar con espíritu de fidelidad a la verdad y de comprensión en la caridad. Pero lo que ya desde ahora puede crecer es esta caridad fraterna, ingeniosa en hallar nuevas formas de manifestarse; una caridad que, sacando las enseñanzas del pasado, esté dispuesta a perdonar, propensa a creer con más gusto en el bien que en el mal, cuidadosa, sobre todo, de conformarse con el Divino Maestro, dejarse atraer y transformar por Él”, AAS 56, 1964, 172.

<sup>50</sup> Discurso del 10 de junio de 1969, AAS 61, 1969, 504.

<sup>51</sup> *Ib.*, p. 505.

especialmente tras el retorno de las reliquias de san Marcos a Egipto.<sup>52</sup> Ante los obstáculos para la unión que ofrecía una Iglesia separada de Roma a raíz del concilio de Calcedonia (s. v), afirmaba Pablo VI:

Comprendemos que Dios nos lanza un gran reto. No esperamos superar inmediatamente las dificultades que nos han creado quince siglos de historia. Pero esperamos ser capaces de encontrar un camino que nos llevará a vencer estas dificultades. Por nuestra parte, nos acercamos a estas reuniones con un espíritu de gran confianza. Estamos seguros de que nuestras Iglesias están decididas a tenderse mutuamente la mano en un esfuerzo para realizar mejor la misión que Dios nos ha confiado.<sup>53</sup>

El concilio Vaticano II se declara consciente de que la unidad “está por encima de las fuerzas y capacidad humanas. Por esto pone toda su esperanza en la oración de Cristo por su Iglesia, en el amor del Padre para con nosotros y en el poder del Espíritu Santo”.<sup>54</sup>

#### EL APOSTOLADO DE LOS SEGLARES

Los papas de nuestro siglo han impulsado de manera muy decidida la incorporación de los seglares al apostolado eclesial. Cuentan de san Pío X que formuló esta pregunta a un grupo de cardenales: “¿Qué es hoy lo más necesario de todo para la salvación de la sociedad?” Las respuestas fueron varias: construcción de escuelas, nuevos templos, promoción de las vocaciones sacerdotales. Cuando le tocó el turno, el Papa manifestó su propia opinión: “Lo más importante hoy es que en toda parroquia se pueda disponer de un grupo de seglares iluminados, virtuosos, decididos y verdaderamente apostólicos”.<sup>55</sup>

---

<sup>52</sup> Texto en AAS 65, 1973, 299-301. En la declaración común se encuentran estas palabras: “Confesamos que Nuestro Señor y Dios y Salvador y Rey de todos nosotros, Jesucristo, es Dios perfecto respecto a su divinidad, y hombre perfecto en relación con su humanidad. En Él su divinidad está unida a su humanidad en una unión real y perfecta sin mezcla, sin confusión, sin alteración, sin división, sin separación. Su divinidad no se separó de su humanidad por un instante, ni siquiera durante un abrir y cerrar de ojos. Él, que es Dios eterno e invisible, se hizo visible en la carne y tomó sobre sí la forma de un siervo. En Él están conservadas todas las propiedades de la divinidad y todas las propiedades de la humanidad, juntas en una unión real, perfecta, indivisible e inseparable”. *Ib.*, p. 300.

<sup>53</sup> AAS 65, 1973, 315.

<sup>54</sup> Decreto *Unitatis redintegratio*, n. 24.

<sup>55</sup> Roger Aubert, en *Manual de Historia de la Iglesia*, dirigido por Hubert Jedin, VIII, Barcelona, Editorial Herder, 1978, p. 583.

Desde ese convencimiento actuó el papa Pío X, ansiando *restaurar totius las cosas en Cristo*, como rezaba su lema. Piensa que la acción de los católicos seculares tiene un inmenso campo para difundir y dilatar el reino de Dios, en los individuos, en las familias y en la sociedad. Para llenar este cometido, el Papa señala unos presupuestos: ser católicos a toda prueba, convencidos de su fe, sólidamente instruidos en las cosas de la religión, sinceramente devotos de la Iglesia y de la Sede Apostólica, de piedad verdadera y de puras costumbres.<sup>56</sup>

La preocupación de Pío X por estimular la actividad apostólica de los seculares la hizo suya Benedicto XV, procurando que la *Acción Católica* fuera un organismo sólido.<sup>57</sup>

Pío XI continuó en la misma línea, proponiéndose nuevas metas. Con justicia es denominado *el papa de la Acción Católica*. Ayudó a una eficiente planificación y a echar las bases de una teología del laicado. En su tiempo tuvo lugar el nacimiento de la J. O. C., por obra del canónigo Cardijn.

El papa Ratti hablaba en su encíclica *Ubi arcano* de la colaboración de los seculares en el apostolado de la jerarquía.<sup>58</sup> Pero será en la encíclica *Non abbiamo bisogno*, de 29 de junio de 1931,<sup>59</sup> donde quedará plenamente reflejado su pensamiento, queriendo que la Acción Católica se mantuviera al margen de toda política de partido.

La acción constante de los papas en favor del apostolado laical obtiene un espléndido eco en el concilio Vaticano II. La constitución dogmática *Lumen gentium* recuerda que los seculares participan del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo. Es su tarea propia la de buscar la expansión del reino de Dios, tratando las cosas temporales y ordenándolas a Él. Por el oficio sacerdotal ejercitan un culto espiritual para gloria de Dios y salvación de los hermanos y, a través de las obras diarias, consagran el mundo a Dios. Por su incorporación al oficio profético de Cristo, a través de las estructuras de la vida secular, aprovechan el tiempo presente en espera de la gloria futura; heraldos de la fe, con el testimonio de la vida y de la palabra. Como partícipes de la potestad real de Cristo, se comprometen a dilatar su reino.<sup>60</sup>

Pablo VI abordó con perseverancia este tema, en particular en sus catequesis conciliares. En la *Evangelii nuntiandi* escribió:

<sup>56</sup> Cf. encíclica *Il fermo proposito*, de 11 de junio de 1905, ASS 37, 1904-1905, 741-767.

<sup>57</sup> Cf. carta de la Secretaría de Estado al conde José Dalla Torre, de 25 de febrero de 1915, AAS 7, 1915, 138-140.

<sup>58</sup> De 23 de diciembre de 1922, AAS 14, 1922, 673-700.

<sup>59</sup> AAS 23, 1931, 285-312.

<sup>60</sup> Cf. cap. IV (nn. 30-38).

El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc. Cuantos más seculares haya, impregnados del Evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos con ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena capacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiada, tanto más estas realidades —sin perder o sacrificar nada de su coeficiente humano, al contrario, manifestando una dimensión transcendente frecuentemente desconocida— estarán al servicio de la edificación del reino de Dios y por consiguiente de la salvación en Cristo Jesús.<sup>61</sup>

### LA EXPANSIÓN MISIONAL

Las misiones católicas han experimentado un notable progreso en nuestros días y a ese crecimiento han contribuido eficazmente los papas, a través de las Obras Misionales Pontificias: Obra de Propagación de la Fe, Obra de San Pedro Apóstol para el Clero Indígena, Unión Misionera del Clero, Santa Infancia...

Desde León XIII han insistido una y otra vez en la necesidad de formar un clero indígena y en la promoción de la vida religiosa, abierta generosamente a los nativos. Se intentaba ayudar de tal modo a la maduración de las comunidades cristianas, que pronto fueran capaces de administrarse por sí mismas. Hacia esa meta se caminaba también por temor a funestas consecuencias que podían acarrear los crecientes nacionalismos. La emancipación podría llevar consigo la expulsión de los misioneros extranjeros.

La primera gran encíclica consagrada al tema de las misiones se la debemos a Benedicto XV. El 30 de noviembre de 1919 firmó la que lleva por título *Maximum illud*.<sup>62</sup> En ella insiste en la necesidad de promover al ministerio sagrado a nativos de los territorios de misión, que teóricamente eran los más indicados para sintonizar con su gente. No se debían ahorrar esfuerzos para proporcionarles una adecuada formación. Su papel no debía ser el de coadyutores de los extranjeros en las tareas más humildes, sino que se les debía preparar para que con el tiempo pudieran asumir el gobierno de su pueblo.<sup>63</sup>

<sup>61</sup> Exhortación apostólica de 8 de diciembre de 1975, AAS 68, 1976, 60.

<sup>62</sup> AAS 11, 1919, 440-455.

<sup>63</sup> "Nam ut Ecclesia Dei catholica est nullamque apud gentem vel nationem extranea, ita consentaneum est ex una quaque gente sacrorum administros existere quos divinae legis magistros viaeque ad salutem duces sequantur populares sui", AAS 11, 1919, 445.

Pío XI anima a la tarea misional con su encíclica *Rerum Ecclesiae*, afirmando que la Iglesia no tiene otra razón de ser, sino la de dilatar el reino de Cristo por toda la tierra, haciendo partícipes de la redención a todos los hombres. Con alegría comprobaba que la obra misional se había duplicado en los últimos años como fruto, en buena parte, de la acogida prestada a la encíclica *Maximum illud*. El Papa recordaba que su preocupación había estado centrada en este tema desde el comienzo de su pontificado y lo había demostrado, entre otros modos, en la exposición misional promovida por él mismo en Roma. El material de la exposición se conservaría en parte en el museo de Letrán. Los obreros, siempre pocos, habían quedado reducidos como consecuencia de la guerra mundial. Invitaba a los obispos a promover vocaciones misioneras, aunque tuvieran penuria de clero y necesidades múltiples en sus diócesis. El papa Ratti insistía también en la necesidad de contar con un abundante y bien formado clero indígena. Los Apóstoles no obraron de otro modo en las primeras comunidades cristianas.<sup>64</sup>

Pío XII ordenará en 1939 a los primeros obispos africanos. El 2 de junio de 1951 publicó la encíclica *Evangelii praecones*.<sup>65</sup> Recuerda en ella el progreso misionero de los últimos tiempos, que acaso no encontrara antecedentes en toda la historia de las misiones. En la encíclica ofrece incluso datos estadísticos sobre ese crecimiento. En 1926 los sacerdotes y misioneros indígenas eran 14.800 y, en el momento en que escribe, habían alcanzado la cifra de 26.800. Resumiendo los principios de la acción misionera, aseguraba que tal ministerio era grande y sublime en la Iglesia. El misionero “debe considerar como una segunda patria y amar con el debido amor a aquella región a la que se presta a llevar la luz del Evangelio, y por eso no tiene que buscar compensaciones terrenas ni aquello que dice relación a su nación o a su instituto religioso, sino principalmente la salvación de las almas”.<sup>66</sup>

Pío XII en la encíclica *Fidei donum* se refería especialmente a las misiones en el continente africano. Había favorecido dentro de sus posibilidades el progreso del Evangelio en aquellas tierras. Con alegría anunciaba la institución de la jerarquía eclesiástica en numerosos países y que muchos sacerdotes africanos habían recibido la plenitud del sacerdocio, conforme al objetivo que se había trazado en la *Evangelii praecones*: “establecer sólida y definitivamente la Iglesia en los nuevos pueblos”. La encíclica, más que un canto a lo conseguido, era una llamada a la

---

<sup>64</sup> Texto de la *Rerum Ecclesiae*, de 28 de febrero de 1926, en AAS 18, 1926, 65-83.

<sup>65</sup> AAS 33, 1951, 497-528.

<sup>66</sup> *Ib.*, p. 506.

colaboración en bien de aquellas jóvenes Iglesias. Toda la Iglesia debía dar una respuesta fraternal.<sup>67</sup>

Cuando apenas llevaba un año al frente de la Iglesia, Juan XXIII publicó la encíclica *Princeps pastorum*, con la que se proponía conmemorar el 40 aniversario de la *Maximum illud* de Benedicto XV. El papa Roncalli se complacía en recordar que apenas terminada la primera guerra mundial había sido llamado a Roma por Benedicto XV para que se encargara de la Obra de la Propagación de la Fe, “lo cual hicimos durante cuatro felicísimos años de nuestra vida sacerdotal”. Juan XXIII escribía en su encíclica que la Iglesia no se identificaba con ninguna cultura y estaba dispuesta a acoger y fomentar todo lo que constituyera honor de la inteligencia y del corazón humano en las diferentes partes del mundo.<sup>68</sup>

El concilio Vaticano II parte de la afirmación de que la Iglesia peregrina es por naturaleza *misionera*, “ya que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre”.<sup>69</sup> La semilla de la palabra de Dios debe crecer en Iglesias particulares autóctonas.<sup>70</sup> A esta altura de la historia de la Iglesia el Concilio no oculta que resta todavía por llevar a cabo una tarea ingente, “pues dos mil millones de hombres, cuyo número aumenta cada día y se reúnen en grandes y determinados grupos con lazos estables de vida cultural, con antiguas tradiciones religiosas, con firmes vínculos de relaciones sociales, nada o muy poco oyeron del Evangelio”.<sup>71</sup> Como vías de la acción misionera, señala: el testimonio cristiano, la predicación del Evangelio, la formación de la comunidad cristiana, el incremento de las Iglesias nuevas, fomento del apostolado seglar, etc.

En la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* ofrece Pablo VI una profunda reflexión, en la que, entre otras cosas recuerda que no se trata sólo de anunciar el Evangelio en zonas cada día más vastas, sino también llegar a transformar criterios, puntos de interés, líneas de pensamiento, fuentes inspiradoras y modelos de vida de la humanidad, en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación.<sup>72</sup>

---

<sup>67</sup> Lleva fecha de 21 de abril de 1957, AAS 49, 1957, 225-248.

<sup>68</sup> La encíclica *Princeps pastorum* es de 28 de noviembre de 1959, AAS 51, 1959, 833-864.

<sup>69</sup> Decreto *Ad gentes divinitus*, n. 2.

<sup>70</sup> *Ib.*, n. 6.

<sup>71</sup> *Ib.*, n. 10.

<sup>72</sup> AAS 68, 1976, 18. Ver también nn. 49-57.

## RENOVACIÓN LITÚRGICA

La moderna renovación litúrgica se desarrolla en buena parte en suelo francés durante el siglo XIX y poco a poco se va extendiendo a los demás países. Un mérito indiscutible les corresponde a los benedictinos. Fue san Pío X, con larga actividad pastoral en su haber, quien dedicó un cuidado particular a la renovación litúrgica. Por medio del *motu proprio* titulado *Tra le sollecitudini*, dio normas precisas sobre el gregoriano y el canto sagrado en general.<sup>73</sup> Actuaba plenamente convencido de que el centro de la vida cristiana está en la Eucaristía, y por lo mismo, dedicó su atención a promover la piedad eucarística, con la práctica de la comunión frecuente y hasta diaria de los fieles,<sup>74</sup> dispensando el ayuno eucarístico a los enfermos<sup>75</sup> y anticipando la primera comunión de los niños.<sup>76</sup> San Pío X emprendió la reforma de los libros litúrgicos.<sup>77</sup>

El pontificado de Pío XII también tuvo un significado especial en este terreno. Con su encíclica *Mediator Dei*,<sup>78</sup> ilustra ampliamente la tesis de que la celebración de la Eucaristía tiene que ser el centro de la vida litúrgica y que la recitación del Oficio divino es una prolongación del culto eucarístico. A este papa se debe la autorización de rituales bilingües, dando un paso de enorme importancia hacia la utilización de las lenguas vernáculas en la liturgia. Renovó la celebración de la Vigilia pascual y de la Semana Santa, permitió la celebración de misas vespertinas y facilitó la comunión frecuente, dulcificando la disciplina sobre el ayuno eucarístico.

La constitución *Sacrosanctum concilium* del Vaticano II será fruto sazonado de la renovación litúrgica que se lleva a cabo en nuestro siglo.

## MAGISTERIO SOCIAL

Es sobradamente conocido el papel que han tenido los papas en lo que se ha dado en llamar *doctrina social de la Iglesia*.

Un momento decisivo lo constituye la publicación de la encíclica *Rerum novarum*, de León XIII,<sup>79</sup> donde trata con detención de la cuestión

<sup>73</sup> ASS 36, 1904, 329-332.

<sup>74</sup> *Sacra Tridentina Synodus*, de 20 de diciembre de 1905, ASS 38, 1905-1906, 400-406.

<sup>75</sup> Con fecha 25 de marzo de 1907, ASS 40, 1907, 344.

<sup>76</sup> *Quam singulari*, de 8 de agosto de 1910, AAS 2, 1910, 577-583.

<sup>77</sup> *Divino afflatu*, AAS 3, 1911, 631-636.

<sup>78</sup> De 20 de noviembre de 1947, AAS 39, 1947, 521-595.

<sup>79</sup> De 15 de mayo de 1891, ASS 23, 1890-1891, 641-670.

obrera. Tras analizar soluciones insuficientes, expone el pensamiento de la Iglesia sobre el particular: respetar por encima de todo la condición humana, que no apunta hacia un igualitarismo, ni menos hacia una lucha de clases; el capital y el trabajo se necesitan mutuamente; la Iglesia trata de unir una clase con la otra por la aproximación y la amistad; la verdadera dignidad y excelencia del hombre radica en lo moral; al Estado le corresponde impulsar la prosperidad, tanto de la sociedad como de los individuos, “por medio de la probidad de las costumbres, la recta y ordenada constitución de las familias, la observancia de la religión y de la justicia, las moderadas cargas públicas y su equitativa distribución, los progresos de la industria y del comercio, la floreciente agricultura y otros factores de esta índole”;<sup>80</sup> la equidad exige de las autoridades públicas que prodiguen sus cuidados al mundo obrero; en la protección de los derechos individuales se habrá de mirar principalmente a los débiles y a los pobres. El papa León XIII aboga por una humanización del trabajo, justo salario, adecuado a las necesidades; que los obreros se vean libres de la crueldad de los ambiciosos, tiempos de descanso y jornadas laborales no excesivamente largas, derechos de asociación. La *Rerum novarum* concluye asegurando que “por lo que respecta a la Iglesia, nunca ni bajo ningún aspecto regateará su esfuerzo, prestando una ayuda tanto mayor cuanto sea mayor la libertad con que cuente en su acción”.<sup>81</sup> Esta encíclica constituirá un punto de referencia constante para los católicos y animará no pocas asociaciones y movimientos socio-políticos.

Cuarenta años más tarde, Pío XI publicó la *Quadragesimo anno*,<sup>82</sup> proyectando la luz de la doctrina cristiana sobre la cuestión social que, obviamente, había sufrido profundas transformaciones desde 1891. Pío XI hablaba de “las nuevas necesidades de nuestros tiempos y la diferente condición de las cosas”.<sup>83</sup> La encíclica estudia el derecho de propiedad en su vertiente social e individual, definiéndose contraria tanto al *colectivismo*, como al *individualismo*. Trata también el tema de la riqueza y el trabajo, de la redención del proletariado, el salario justo, restauración del orden social y, finalmente, de los grandes cambios operados en la economía y en el socialismo desde los tiempos de León XIII.

El papa Juan XXIII, en su encíclica *Mater et Magistra*,<sup>84</sup> se propuso tratar de la reciente evolución de la cuestión social a la luz de la doctrina

<sup>80</sup> *Ib.*, p. 656.

<sup>81</sup> *Ib.*, p. 670.

<sup>82</sup> 15 de mayo de 1931, AAS 23, 1931, 177-228.

<sup>83</sup> *Ib.*, pp. 189-190.

<sup>84</sup> 15 de mayo de 1961, AAS 53, 1961, 401-464.

cristiana. El papa se refería a los cambios en el campo científico, técnico, económico, social, político, llegando a la conclusión de que era su deber “mantener viva la llama primeramente encendida por nuestros grandes predecesores y exhortar a todos para que tomen de ellos luz y aliento, si quieren que la cuestión social avance por unos caminos más conformes con las necesidades actuales”.<sup>85</sup>

La encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI,<sup>86</sup> se centra en el tema del desarrollo de los pueblos y se dirige no sólo a los fieles, sino a todos los hombres de buena voluntad. Aparece tras la constitución del concilio Vaticano II, *Gaudium et spes* y toda ella está impregnada de su espíritu. “Apenas terminado el segundo concilio Vaticano, una renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico obliga a la Iglesia a ponerse al servicio de los hombres, para ayudarles a captar todas las dimensiones de este grave problema y convencerles de la urgencia de una acción solidaria en este cambio decisivo de la historia de la humanidad”.<sup>87</sup> En esta encíclica recuerda Pablo VI su reciente decisión de crear la comisión “Justicia y Paz”.<sup>88</sup> La *Populorum progressio* es un fuerte aldabonazo a la conciencia de los seglares católicos a quienes corresponde “con su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven”.<sup>89</sup> La llamada la extiende a todos los cristianos, a los hombres de buena voluntad, a los hombres de Estado, a los sabios, a todos los que han oído la voz de los pueblos que sufren.

Con motivo del ochenta aniversario de la *Rerum novarum*, Pablo VI dirigió una carta apostólica —la *Octogesima adveniens*— al cardenal M. Roy, presidente de la comisión “Justicia y Paz”.<sup>90</sup> Entre los nuevos problemas tratados destaca el de la urbanización, el puesto de la mujer, la emigración, los medios de comunicación social y el medio ambiente. En esta carta exhorta el Papa a un atento discernimiento frente a la corriente *socialista* que “asume diversas formas bajo un mismo vocablo, según los continentes y las culturas, aunque ha sido y sigue inspirada en muchos casos por ideologías incompatibles con la fe”.<sup>91</sup>

<sup>85</sup> *Ib.*, p. 413.

<sup>86</sup> 26 de mayo de 1967, AAS 59, 1967, 257-299.

<sup>87</sup> *Ib.*, pp. 257-258.

<sup>88</sup> Con el *Motu proprio Catholicam Christi Ecclesiam*, de 6 de enero de 1967, AAS 59, 1967, 27.

<sup>89</sup> AAS 59, 1967, 296-297.

<sup>90</sup> 14 de mayo de 1971, AAS 63, 1971, 401-441.

<sup>91</sup> *Ib.*, p. 422.

## MAGISTERIO TEOLÓGICO

Los papas de nuestro tiempo no han olvidado su dimensión de ser maestros en la fe. La ejerció constantemente Pío IX y, durante su pontificado, el concilio Vaticano I promulgó dos constituciones: la primera sobre la fe católica,<sup>92</sup> en la que se trata de Dios creador, de la revelación, la fe y sus relaciones con la razón; la segunda constitución se centró en el misterio de la Iglesia, exponiendo la doctrina sobre el primado romano y su magisterio infalible cuando habla *ex cathedra*.<sup>93</sup>

Aunque a León XIII se le pronosticó un pontificado de transición, los acontecimientos vendrían a probar todo lo contrario. Con su magisterio iluminaría la vida de la Iglesia cuando se cerraba el siglo XIX y se inauguraba el XX. Particular apoyo prestó al movimiento de restauración tomista, con su famosa encíclica *Aeterni Patris*.<sup>94</sup> Su encíclica *Providentissimus*,<sup>95</sup> sobre los estudios bíblicos, sirvió de gran ayuda a los cultivadores de la ciencia escrituraria. En la encabezada por las palabras *Libertas*,<sup>96</sup> establece las líneas divisorias entre determinadas tesis del liberalismo decimonónico y la doctrina católica.

A san Pío X le tocó enfrentarse con el *modernismo*. En la primera parte de su encíclica *Pascendi*<sup>97</sup> hacía una exposición del movimiento modernista, tratando de la debilidad de aquella "suma de errores", en la segunda parte.

Benedicto XV con su encíclica sobre san Jerónimo colaboró en gran manera en el campo de la investigación bíblica.<sup>98</sup>

Pío XI ilustró la problemática del matrimonio en la encíclica *Casti connubii*,<sup>99</sup> ofreciendo pistas de solución a partir del Evangelio. A la educación cristiana dedicó la encíclica *Divini Illius Magistri*.<sup>100</sup> En ella se afirma que corresponde a la familia el deber y el derecho de educar, como un complemento necesario de la generación física. Tal prerrogativa es anterior a todo otro derecho del Estado y, por tanto, inviolable. A los estudios de la carrera eclesiástica contribuyó con la constitución

<sup>92</sup> ASS 5, 1869, 462 ss.

<sup>93</sup> ASS 6, 1970, 40-47.

<sup>94</sup> 4 de agosto de 1879, ASS 12, 1894, 97-115.

<sup>95</sup> 18 de noviembre de 1893, ASS 26, 1893-1894, 269-292.

<sup>96</sup> ASS 20, 1887, 593-613.

<sup>97</sup> 7 de septiembre de 1907, ASS 40, 1907, 593-652.

<sup>98</sup> Carta encíclica *Spiritus Paraclitus*, de 15 de septiembre de 1920, AAS 12, 1920, 385-422.

<sup>99</sup> 31 de diciembre de 1930, AAS 22, 1930, 539-592.

<sup>100</sup> 31 de diciembre de 1929, AAS 22, 1930, 49-86.

apostólica *Deus scientiarum Dominus*,<sup>101</sup> elevando el nivel de los estudios y aportando desde ahí una revitalización de la teología.

Pío XII salió al paso de las desviaciones de la "nueva teología", con su encíclica *Humani generis*.<sup>102</sup> Denunciaba los peligros que escondía el evolucionismo universal, el existencialismo y el historicismo. El Papa no propugnaba un aislamiento de la cultura católica, sino que ponía en guardia a fin de que no fuera comprometida la integridad de la fe. En la encíclica *Mystici corporis*<sup>103</sup> hacía una exposición teológica sobre el misterio de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, influyendo en una verdadera floración de tratados eclesiológicos que se sucedieron con profusión. Su aportación a los estudios bíblicos la hizo principalmente a través de la encíclica *Divino afflante Spiritu*,<sup>104</sup> recordando la necesidad de que los especialistas posean un conocimiento de las lenguas antiguas y animando al empleo de la crítica textual, al recto uso de los diferentes sentidos del texto sagrado, a la consulta de los santos padres y grandes comentaristas, al conocimiento de las culturas que pueden ayudar a determinar mejor el alcance de la doctrina bíblica. El Papa trataba también la cuestión de los géneros literarios, recomendando vivamente el estudio, meditación y difusión de la Sagrada Escritura. En la constitución apostólica *Sacramentum ordinis*<sup>105</sup> hizo uso de sus prerrogativas magisteriales, decretando que la *materia* única de las órdenes de diaconado, presbiterado y episcopado era la imposición de las manos, y la *forma* las palabras que determinan la aplicación de esta materia.

A Juan XXIII y Pablo VI les debemos en gran medida el magisterio eclesial del concilio Vaticano II. El servicio doctrinal de Pablo VI a la Iglesia ha sido particularmente lúcido, comenzando por su encíclica sobre el *diálogo Ecclesiam suam*.<sup>106</sup> A lo largo de sus quince años de pontificado tuvo ocasión de ofrecer a la Iglesia un pensamiento robusto, transmitido por medio de un lenguaje vivo y al alcance de todos.

El 3 de septiembre de 1965 hizo pública su encíclica *Mysterium fidei*,<sup>107</sup> dedicada a la Eucaristía. En ella exponía algunos motivos de ansiedad, provenientes de ciertas opiniones sobre la celebración de la misa privada, el dogma de la transubstanciación y el culto eucarístico. Temiendo pudiera quedar defraudada la esperanza suscitada en la Iglesia a raíz de la publicación de la constitución conciliar sobre la sagrada

<sup>101</sup> 24 de mayo de 1931, AAS 23, 1931, 241-284.

<sup>102</sup> 12 de agosto de 1950, AAS 42, 1950, 561-578.

<sup>103</sup> 29 de junio de 1943, AAS 35, 1943, 193-248.

<sup>104</sup> 30 de septiembre de 1943, AAS 35, 1943, 297-325.

<sup>105</sup> 30 de noviembre de 1947, AAS 40, 1948, 5-7.

<sup>106</sup> 6 de agosto de 1964, AAS 56, 1964, 609-659.

<sup>107</sup> AAS 57, 1965, 753-777.

liturgia, se decidía a ofrecer su pensamiento sobre tales opiniones, con autoridad apostólica.

En 1967 dedicó una encíclica al celibato sacerdotal,<sup>108</sup> cumpliendo la promesa hecha a los padres conciliares, en carta leída en la 146 congregación general, el 11 de octubre de 1965. Pablo VI examinaba las objeciones en contra del celibato eclesiástico y se decidía a “ilustrar nuevamente y de una manera más adaptada a los hombres de nuestro tiempo las razones profundas del sagrado celibato”,<sup>109</sup> manifestando que debe continuar hoy, y firmemente, unido al ministerio eclesiástico.<sup>110</sup> Con toda detención exponía las razones teológicas de su afirmación e indicaba los caminos para superar las dificultades que podían parecer insalvables.

Mención particular en el campo del magisterio teológico de Pablo VI merece el denominado “Credo del Pueblo de Dios”.<sup>111</sup> Fue proclamado en la Basílica Vaticana el 30 de junio de 1968, en la clausura del XIX centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo y del “Año de la Fe”. Hacía aquella profesión de fe en el marco de inquietud que agita a los hombres de nuestro tiempo, cuando hasta algunos católicos “se dejan llevar de una especie de pasión por el cambio y la novedad”.<sup>112</sup>

También en 1968 publicó la encíclica *Humanae vitae*,<sup>113</sup> dedicada al tema de la regulación de la natalidad. El Papa se hacía eco de los nuevos aspectos del problema y recordaba, entre los principios doctrinales, la naturaleza del amor conyugal, la paternidad responsable, la finalidad del acto conyugal, la inseparable conexión entre el significado unitivo y el procreador; aludía a los medios lícitos e ilícitos en la regulación de nacimientos. Es afirmación central de la encíclica que “la Iglesia, al exigir que los hombres observen las normas de la ley natural interpretada por su constante doctrina, enseña que cualquier acto matrimonial debe quedar abierto a la transmisión de la vida”.<sup>114</sup>

Una llamada a la alegría dirigió Pablo VI en la fiesta de Pentecostés del Año Santo (1975),<sup>115</sup> esclareciendo los motivos teológicos del gozo cristiano, que se apoyan en la celebración conjunta de la muerte y resurrección del Señor.

<sup>108</sup> *Sacerdotalis caelibatus*, de 24 de junio de 1967, AAS 59, 1967, 657-697.

<sup>109</sup> *Ib.*, p. 663.

<sup>110</sup> *Ib.*, p. 662.

<sup>111</sup> AAS 60, 1968, 433-445.

<sup>112</sup> *Ib.*, p. 434.

<sup>113</sup> 25 de julio de 1968, AAS 60, 1968, 481-503.

<sup>114</sup> *Ib.*, p. 488.

<sup>115</sup> Exhortación apostólica *Gaudete in Domino*, de 9 de mayo de 1975, AAS 67, 1975, 289-322.

En nuestra época se ha operado un gran desarrollo de la *mariología*, con destacable aliento de los papas.<sup>116</sup> Cuando no se habían cumplido los cien años de la definición de la Inmaculada, Pío XII proclamó el dogma de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos.<sup>117</sup> Los papas han hecho sus aportaciones a varias tesis teológicas. Al tema de la mediación universal de María contribuyó Benedicto XV, autorizando la misa y el oficio.<sup>118</sup> Pío XI encomendó un estudio de esta cuestión a tres comisiones de teólogos. San Pío X aprobó el título de *Corredentora* y los papas que le suceden lo utilizarán varias veces. La maternidad espiritual de María ha sido ilustrada por los papas contemporáneos, debiéndosele a Pablo VI el título de *María Madre de la Iglesia*.<sup>119</sup> Pablo VI nos legó una magnífica exposición de teología mariana en su exhortación apostólica *Marialis cultus*,<sup>120</sup> orientada a promover el culto a María.

El Vaticano II ha ofrecido una síntesis de mariología en el capítulo VIII de la constitución dogmática *Lumen gentium*. Este capítulo lleva por título: *La Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios en el Misterio de Cristo y de la Iglesia*.<sup>121</sup>

\* \* \*

Hemos intentado una aproximación a algunos temas de la vida de la Iglesia contemporánea que se han visto, en buena parte, animados por los papas. Esta problemática la hizo suya el concilio Vaticano II, profundizando en su estudio y abriendo caminos a toda la comunidad católica. La puesta en práctica del concilio ha sido la tarea que Pablo VI cargó día a día sobre sus hombros. Con esperanza, condujo la nave de la Iglesia sin desfallecer, aun cuando se presentaron tempestades desoladoras. Es la esperanza en el poder del Espíritu Santo —alma de la Iglesia—, la que fortifica también a Juan Pablo II, papa llegado a la Sede de Pedro desde lejanas tierras, pero que quiere estar lo más cerca posible de todos los hombres, para hacerles descubrir y valorar más el

<sup>116</sup> Cf. J. B. Carol, *Mariología*, Madrid, BAC, 1964, XLVII + 997 pp.

<sup>117</sup> Constitución apostólica *Munificentissimus Deus*, de 1 de noviembre de 1950, AAS 42, 1950, 754-771.

<sup>118</sup> 31 de mayo de 1921, AAS 13, 1921, 345.

<sup>119</sup> Discurso en la sesión de clausura de la tercera etapa conciliar, 21 de noviembre de 1964, AAS 56, 1964, 1007-1018.

<sup>120</sup> 2 de febrero de 1974, AAS 66, 1974, 113-168.

<sup>121</sup> 21 de noviembre de 1964, AAS 57, 1965, 5-71.

insondable misterio de Cristo. “¡La Iglesia está hoy más viva que nunca! Pero, considerándolo bien, parece que todo está todavía por hacer; el trabajo comienza hoy y nunca acaba. Es ésta la ley de nuestra peregrinación sobre la tierra y en el tiempo”, escribió Pablo VI en la *Ecclesiam suam*.<sup>122</sup>

---

<sup>122</sup> AAS 56, 1964, 659.